

carne, y al alma antes que a la carne, y a la carne después del alma. El que esto oye y lo escucha dócilmente, vivirá: el que oye y no escucha, esto es, oye y no cree, no vivirá. ¿Y por qué no vivirá? Porque no oye. ¿Qué es no oye? No escucha: Luego *los que escucharen vivirán*.

11. Oye ahora lo que habíamos propuesto diferir, para explicarlo ahora, si era posible. Añadió en seguida de esta misma resurrección: *Porque así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dio también al Hijo tener la vida en sí mismo*. ¿Qué es tener el Padre la vida en sí mismo? Que no la tiene en otra parte, sino en sí mismo: pues su vivir está en él: que no la tiene en otra parte, que no es cosa ajena: que no la tiene como prestada, ni participa de una vida que no es él mismo: sino *que tiene la vida en sí mismo*, de suerte que él es la misma vida.

Si puedo explicarlo todavía un poco más, poniendo algunos ejemplos para facilitar vuestra inteligencia, lo haré con la ayuda del Señor y vuestra piadosa intención. Vive Dios y vive el alma: mas la vida de Dios es inmutable, la del alma, mudable. Dios ni adelante ni atrasa, sino que es siempre el mismo en sí, es como es: no de una manera ahora y de otra después, y de otra antes. La vida del alma, por el contrario, hoy es así, y mañana muy de otra suerte: ayer vivía necia, hoy sabia; ayer inicua, hoy justa; ora se acuerda, ora se olvida; ahora aprende, ahora no coge nada; ahora pierde lo que aprendiera, ahora percibe lo que había perdido: del todo mudable es su vida. Y cuando vive el alma en la iniquidad ésta es su muerte; y cuando se hace justa, participa de otra vida, que no es ella misma: porque levantándose a Dios y adhiriéndose a Dios, recibe de él la justicia, como está dicho: *Al que cree en el que justifica al impío, la fe se le cuenta por justicia*³. Apartándose de él se hace inicua, acercándose a él se hace justa. ¿No te parece a ti semejante a una cosa fría que acercándola al fuego se calienta, y apartándola se entibia y se enfría? ¿No se asemeja a lo tenebroso que, aproximándolo a la luz se aclara, y apartándolo se oscurece? Así es el alma; no así Dios.

Puede también el hombre decir que tiene ahora luz en sus ojos. Supongamos, pues, que da Dios habla a tus ojos, y hablando dicen: Tenemos luz en nosotros mismos. Con razón se les diría en contra. No habláis con propiedad diciendo que tenéis luz en vosotros mismos: tenéis luz, pero en el cielo; tenéis luz si acaso es de noche, pero en la luna, en las lámparas, mas no en vosotros mismos; pues cerrados dejáis de ver lo que abiertos percibís; no tenéis la luz en vosotros mismos; puesto el sol detened la luz si podéis: es de noche

y gozáis de la luz nocturna; que os quiten la lámpara, haber si tenéis luz; quitada la bujía, quedáis en tinieblas; no tenéis luz en vosotros mismos. Eso es, pues, tener luz en sí mismo, no necesitar luz de otro.

He aquí, si bien se entiende, cómo demuestra que el Hijo es igual al Padre, cuando dice: *Como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo*: de suerte que no hay más diferencia del Padre al Hijo sino que el Padre tiene en sí mismo la vida que nadie le ha dado, y el Hijo tiene en sí mismo la vida, que le dio el Padre.

12. Mas también aquí se ofrece alguna niebla que disipar. No desfallezcamos, atención: pasto del alma son, no los asqueemos, para que podamos vivir. Pero dirás: Tú mismo vienes a confesar que el Padre dio la vida al Hijo, para que la tenga en sí mismo, como el Padre la tiene en sí mismo; sin indigencia alguna en el Padre, lo mismo en el Hijo; de suerte que como aquél es la misma vida, así también éste; y los dos juntos una sola vida, no dos; porque son un solo Dios, no dos dioses: y esto mismo es ser ambos la vida misma. ¿Pero cómo le dio el Padre al Hijo la vida? No de suerte que antes hubiera estado el Hijo sin vida, y la recibiera del Padre para comenzar a vivir: que si así fuese, no tendría la vida en sí mismo.

Os estaba yo hablando antes del alma. Esta existe, aunque no sea sabia, aunque no sea piadosa: aunque no sea justa, alma es. Una cosa es ser alma, y otra ser sabia, ser justa, ser pía. Algo hay, pues, con lo cual no es todavía sabia, ni justa, ni pía; y, sin embargo, no es la nada, no está sin vida: pues sus obras nos muestran su vida, aunque no la prediquen sabia, justa, ni pía. Pues si careciera de vida, no movería el cuerpo, ni mandaría andar a los pies, obrar a las manos, mirar a los ojos y oír a los oídos; no abriría la boca para hablar, ni movería la lengua para articular palabras. Con todas estas obras prueba que es algo, y algo más excelente, que el cuerpo: pero ¿prueba con esto que es sabia, piadosa y justa? ¿No andan también los necios, los injustos, los impíos, no obran, no ven, no hablan? Mas cuando se levanta a cosa que no es ella, que está sobre ella; y de Aquél, por el cual ella existe; percibe la sabiduría, la piedad y la justicia: sin las cuales cuando existía estaba muerta, y sin vida, con que vivir ella, sino sólo con que dar vida al cuerpo. Porque una cosa es en el alma aquello por lo cual da vida al cuerpo, y otra aquello por lo cual vive ella misma. Mejor es que el cuerpo; mejor Dios que ella. Es, pues, ella vida del

cuerpo, aunque sea necia, injusta, impía. Mas como su vida es Dios, así como cuando está ella unida al cuerpo, le comunica vigor, hermosura, movimiento y su propia actividad a cada miembro: así también cuando Dios que es su vida está en ella, le comunica sabiduría, piedad, justicia, caridad. Una cosa es lo que da al cuerpo el alma y otra lo que a ella le da Dios. Ella vivifica y es vivificada: muerta vivifica, aunque no es vivificada.

Viniendo, pues la palabra (evangélica) e infundida a los oyentes, y hechos éstos no sólo oyentes, sino obedientes, resucita el alma de muerte a vida, esto es, de la iniquidad, de la insipiente, de la impiedad a su Dios, que es para ella sabiduría, justicia, claridad. Levántese a él ilumínala él: *Acercaos*, dice, *a él*, ¿y qué sacaremos? y *os iluminará* ⁴. Si, pues, acercándoos recibís luz, y alejándoos quedáis en tinieblas, no estaba vuestra luz en vosotros, sino en vuestro Dios. Acercaos y resucitaréis: si os apartáis moriréis sin remedio. Si, pues, acercándoos vivís, y alejándoos morís; no estaba vuestra vida en vosotros; pues no es otra vuestra vida que vuestra luz. *Porque en ti está la fuente de la vida; y en tu luz veremos la luz* ⁵.

13. No sucede, pues, con el Verbo lo que con el alma: ésta ya es algo antes de ser alumbrada, y se hace mejor cuando es ilustrada con la participación de cosa mejor. No así el Verbo. No era el Verbo de Dios, el Hijo de Dios cosa diferente de sí antes de recibir la vida, de suerte que por participación reciba la vida: sino que tiene la vida en sí mismo? El es la misma vida, la esencial vida.

¿Por qué, pues, dice: *Dio al Hijo tener la vida en sí mismo*,? Breve respuesta: Engendró al Hijo. Porque no existía primero sin vida, y la recibió luego: sino que naciendo es vida, por su mismo nacimiento es vida. El Padre es vida no naciendo: el Hijo es vida naciendo. El Padre de ningún padre (procede); el Hijo, de Dios Padre. Lo que el Padre es, de ninguno es (de ninguno viene o procede): y si es Padre, por el Hijo lo es. El Hijo, en cambio, el ser Hijo, por el Padre lo es; y todo cuanto él es, del Padre procede. Dijo, pues: Dio vida al Hijo, para que la tuviera en sí mismo; como si dijera: El Padre que es la vida en sí mismo, engendraré un hijo que fuese la vida en sí mismo. Porque al decir *dio* quiso decir engendró. Como si a uno le dijéramos: Dios te dio el ser. ¿A quién se lo dio? Si se lo dio a alguien ya existente, no le dio el ser: pues ya antes que se lo diese, ya existía quien pudiera recibirlo. Al oír pues: Te dio el ser, no es que existieras tú para recibirlo, y existente ya, recibieras el ser. Dio el constructor a

esta casa que fuese. Mas ¿qué es lo que le dio? Que fuese casa. ¿Cómo pudo darle a la casa que fuese casa? Porque si ya era casa: ¿a quién iba a darle que fuese casa, cuando ya lo era? ¿Qué le dio, pues, para que fuese casa? Hizo que fuese casa. ¿Qué dio, pues, al Hijo? Le dio que fuese Hijo, le engendró para que fuese vida: esto es: *Le dio tener la vida en sí mismo*, para que fuese vida no necesitaba de vida, para que no entendamos que tiene vida por participación. Porque si así fuera, podría también quedar sin vida perdiéndola: lejos de ti el pensar, decir o juzgar semejante cosa en el Hijo. Queda pues que el Padre es la vida, y el Hijo es la vida; el Padre es vida en sí mismo, no (recibida) del Hijo; y el Hijo es vida en sí mismo pero (recibida) del Padre. Engendrado por el Padre para que fuera vida en sí mismo. El Padre, en cambio, no engendrado, es vida en sí mismo. Y no engendró un Hijo menor, que luego creciendo llegase a igualarle. Pues no ayudó el tiempo a hacerle perfecto a aquel por quien fueron creados los tiempos. Antes de todos los tiempos era coeterno con el Padre. Pues nunca existió el Padre sin el Hijo; ¿es eterno el Padre? Pues coeterno el Hijo.

Y tú, alma, ¿qué? Muerta estabas, la vida habías perdido; oye al Padre y al Hijo: Levántate, recibe la vida: para que la vida, que no tienes en ti, la recibas de aquél que tiene la vida en sí mismo. Vivificante, pues, el Padre y el Hijo: y se efectúa la resurrección primera, cuando resucitas para recibir la vida que no eres tú, y participándola te haces viviente. Resucita de tu muerte a tu vida, que es tu Dios, y pasa de la muerte a la vida eterna. Porque tiene la vida eterna el Padre en sí mismo: y si no engendrarse un Hijo tal, que tuviera la vida en sí mismo, no sería verdad que así como el Padre resucita los muertos y les da vida, así el Hijo vivificaba a cuanto quería.

14. ¿Qué nos dices, pues, de aquella resurrección del cuerpo? Pues éstos que oyen y viven, ¿cómo, sino oyendo, viven? Porque el amigo del esposo está con él, y le oye, y se regocija grandemente por su voz: esto es, participando de la vida, no siendo ellos la misma vida, oyen y viven. Dinos, Señor dinos también algo de la resurrección de la carne. Porque ha habido quien la ha negado, diciendo que no hay más resurrección que la que se hace por la fe. De ésta nos hablaba el Señor poco ha, y nos inflamaba diciéndonos que algunos *muertos oirán la voz del Hijo de Dios y vivirán*. No morirán unos de los que la oyeren, y vivirán otros: sino todos *los que la oyeren vivirán*, porque todos los que obedecieran vivirán. ¿Veis ahí la resurrección del alma?

No perdáis, pues, la fe y la esperanza en la resurrección de la carne. Mas si tú, Oh Señor Jesús, no la declaras, ¿a quién opondremos a nuestros contradictores? Porque todas las sectas que presumieron imbuir a los hombres en alguna religión, no negaron esta resurrección de las almas; a fin de que no les dijese: Si el alma no resucita, ¿a qué me predicas? ¿qué quieres realizar en mí? Si ni me haces de peor mejor, ¿para qué me hablas? Mas si me haces de injusto justo, de impío piadoso, de necio sabio, confiesas que resucita mi alma, si te obedeciere y te diere fe. Queriendo, pues, que les dieran fe todos los fundadores de sectas y religiones falsas, no pudieron negar esta resurrección de las almas, todos la admitieron; pero muchos negaron la resurrección de la carne, diciendo que ya se había verificado la resurrección en la fe. A esos les resiste el Apóstol diciendo: Entre los cuales están *Himeneo y Fileto, que apartándose de la verdad, dicen que la resurrección está ya hecha; y han pervertido la fe de varios* ⁶. Decían que la resurrección está ya hecha, pero de tal suerte que no había que esperar otra: e increpaban a los hombres que esperaban la resurrección de la carne, como si la resurrección, que estaba prometida, quedara ya cumplida con la resurrección del alma, creyendo. Repréndelos el Apóstol. ¿Por qué los reprende? ¿No afirmaban, por ventura, lo mismo que, poco ha, decía el Señor? *Se acerca la hora, y es ésta, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán?* Más en esas palabras hablo todavía de la vida de las almas, te dice Jesús: no hablo todavía de la vida de los cuerpos; sino que hablo de la vida de las almas, que es vida de los cuerpos; pues sé que hay cuerpos que yacen en los sepulcros; se que también vuestros cuerpos serán un día sepultados; no hablo aún de esa resurrección: de ésta hablo, resucidad en ésta; no sea que en aquella resucitéis para castigo. Mas para que veáis que hablo de aquélla, ¿qué añadido? *como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dio también al Hijo tener la vida en sí misma*. Esta vida que es el Padre, que es el Hijo, ¿a qué pertenece? ¿al alma o al cuerpo? Porque aquella vida de la sabiduría no la siente el cuerpo, sino el alma racional. Pues no toda alma puede sentir la sabiduría. Que también los brutos tienen alma; pero su alma no puede sentir la sabiduría. Luego al alma humana puede sentir esa vida, que el Padre tiene en sí mismo y dio al Hijo tener en sí mismo; porque aquella es la verdadera luz, que ilumina, no a toda alma, sino a todo hombre que viene a este mundo. Cuando hablo, pues, al alma, oiga, esto es, obedezca y viva.

15. No calles, pues, Señor acerca de la resurrección de la carne, no sea que no la crean los hombres, y vengamos a ser nosotros meros argumentadores y no predicadores. Luego *así como el Padre tiene la vida en sí mismo*. Entiendan los que oyen, crean para que entiendan, obedezcan para que vivan. Pero oigan también aquello para que no crean que se ha acabado ya aquí la resurrección. *Y le dio potestad de ejercer el juicio*. Porque es el Hijo del hombre. ¿Quién? El Padre. ¿A quién se le dio? Al Hijo. Pues a aquel, a quien dio tener vida, en sí mismo, también le dio potestad de ejercer el juicio. Porque es el Hijo del hombre. Porque este Cristo es Hijo de Dios e Hijo del hombre. *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios*. He aquí como le dio tener vida en sí mismo. Mas como el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, hecho hombre (nacido) de la Virgen María, es hijo de hombre. Por tanto, ¿qué recibió por ser hijo de hombre? Potestad y ejercicio de juez. ¿Cuándo? A la fin del mundo: y entonces será la resurrección de los muertos, pero de los cuerpos. Las almas, pues, las resucita Dios por Cristo Hijo de Dios: los cuerpos los resucita Dios por el mismo Cristo, hijo de hombre. *Le dio potestad*. No tendría esta potestad, si no la recibiera, y sería hombre sin potestad. Pero el mismo es el hijo del hombre que es el Hijo de Dios. Porque uniéndose en unidad de persona el hijo de hombre al Hijo de Dios, resultó una y la misma persona el Hijo de Dios y el hijo del hombre. Qué tiene cada uno y por qué título hay que discenirlo; el hijo del hombre tiene alma, tiene cuerpo. El Hijo de Dios, que es el Verbo de Dios, tiene unido a sí al hombre, como el alma al cuerpo. Así como el alma; teniendo al cuerpo, no hace dos personas, sino un solo hombre; así el Verbo, teniendo al hombre, no hace dos personas, sino un solo Cristo. ¿Qué es el hombre? Un alma racional que posee un cuerpo. ¿qué es Cristo? El Verbo de Dios que posee una humanidad. Bien me doy cuenta de qué cosas hablo, y quién soy yo que hablo, y a quiénes hablo.

16. Ahora oíd hablar de la resurrección de los cuerpos, no a mí, sino al Señor, con ocasión de aquellos que resucitaron levantándose de la muerte, y adhiriéndose a la vida. ¿A qué vida? A la que desconoce la muerte. ¿Por qué desconoce la muerte? Porque ignora la mutabilidad. ¿Por qué ignora la mutabilidad? Porque es la vida en sí mismo. *Y le dio poder de ejercer el juicio*, porque es Hijo del Hombre. ¿Qué juicio, qué clase de juicio? *No os extrañe esto*, porque he dicho, *le dio la potestad y el ejercicio del juicio, porque se llega la hora*. Que no añadió, y *ahora es*: quiere, pues, indicar, una hora al fin

del mundo. Hora es ahora de que resuciten los muertos y hora será también al fin de los tiempos de que resuciten los muertos; pero resuciten ahora en el alma, y entonces en el cuerpo; resuciten ahora en el alma por el Verbo, Hijo de Dios, y resuciten entonces en la carne por el Verbo de Dios hecho carne, por el Hijo del hombre. Pues al juicio de los vivos y de los muertos no ha de venir el Padre: aunque nunca se aparta del Hijo. ¿Cómo es, pues, que no ha de venir? ¿Por qué no aparecerá visible en el juicio? Mirarán al que traspasaron⁷. Aquella forma (=naturaleza) será juez, que compareció ante el juez; aquella juzgará que fue juzgada: porque fue juzgada con iniquidad, juzgará con justicia. Vendrá, pues, la forma de siervo y aparecerá ella misma. Porque la forma de Dios, ¿cómo había de aparecer a justos e iníquos? Que si al juicio no comparecieran sino solos los justos, aparecería como a justos la forma de Dios: mas como el juicio ha de ser de justos e iníquos y no es bien que los iníquos vean a Dios: *porque bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*⁸; aparecerá el juez en tal forma que pueda ser visto así por los que ha de coronar como por los que ha de condenar. Veráse, pues, la forma de siervo, la de Dios, estará oculta. Oculto estará en el Siervo el Hijo de Dios, y aparecerá el Hijo del hombre: pues *le dio la potestad y el ejercicio del juicio, porque es el Hijo del hombre*. Y porque sólo él aparecerá en la forma de siervo y el Padre no aparecerá pues no se la vistió: por eso dijo antes: *El Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio se lo dio al Hijo*.

Con razón, pues lo hemos diferido, para que el mismo que la propuso explicase la dificultad. Pues antes estaba oculto y oscuro, ahora creo que ya está claro, que *le dio la potestad y el ejercicio del juicio, porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio se lo dio al Hijo*: porque el juicio se ha de hacer en aquella forma que no tiene el Padre. Mas ¿qué juicio? *No os maravilléis, porque se acerca la hora*: no la presente, para que resuciten las almas, sino aquella futura en que resucitarán los cuerpos.

17. Díganoslo aún más claramente, a fin de que el hereje no encuentre pie para su error negando la resurrección, en vista de tanta claridad. Cuando antes dijo, *se acerca la hora*, añadió; *y es ahora*: ahora, por el contrario, al decir *viene la hora*, no añadió *y es ahora*. No obstante, rompa aún más, con la verdad clara y sincera, todos los pretextos, todos los asideros de perversas interpretaciones, todos los nudos y lazos., *No os extrañéis de esto, porque se aproxima la hora*,

en que todos los que están en los sepulcros. ¿Qué cosa más evidente?, ¿qué cosa más clara y expresa? Los cuerpos son los que yacen en los sepulcros, las almas no están en los sepulcros, ni las de los justos ni las de los inicuos. El alma del justo fue al seno de Abraham, a la del inicuo atormentábalan la en los infiernos: en el sepulcro, ni aquélla ni ésta. Antes cuando dijo: viene la hora y es ésta: os suplico que atendáis. Bien sabéis, hermanos, que al pan del cuerpo, se llega con trabajo, ¿cuánto más al pan del alma? Con trabajo estáis ahí de pie escuchando; pero mayor es el que yo tengo en hablaros y explicaros. ¿Si yo trabajo por vosotros, no es justo que vosotros colaboréis por vuestro bien? Digo, pues, que antes, cuando dijo: Se llega la hora, y es ahora, ¿qué añadió? cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán. No dijo: Todos los muertos oirán, y los que oigan vivirán: porque por muertos entendía los inicuos. ¿Y por ventura obedecen al evangelio todos los inicuos? Claramente contesta el Apóstol: Pero no todos obedecen al Evangelio⁹. Sin embargo, los que oyen vivirán: porque todos los que obedecen al evangelio pasarán, por la fe, a la vida eterna: mas no todos obedecen, y esto es ahora. Empero en el juicio final todos los que estén en los sepulcros; esto es, los justos y los injustos, oirán su voz y saldrán. ¿Por qué no quiso decir, y vivirán? Porque todos saldrán, más no todos vivirán. Pues en aquello que antes dijo: Y todos los que oyeren vivirán: en el mismo oír quiso indicar la vida eterna y bienaventurada, que no alcanzarán todos los que salgan de los sepulcros. En la mención que hace de los monumentos y en el salir de ellos, abiertamente nos enseña la resurrección de los cuerpos.

18. Oirán todos su voz y saldrán. ¿Y dónde está el juicio (y diferenciación) si todos oirán y todos saldrán? Todo está como confuso, y nada distinto. Recibiste, es cierto, el poder de juzgar, porque eres el Hijo del hombre; he aquí que te presentarás en el juicio, resucitarán los cuerpos; dinos algo del mismo juicio, esto es, de la separación de buenos y malos. Oye también esto: *Y los que hubieren obrado bien (saldrán) a resurrección de vida, y los que hubieren obrado mal a resurrección de juicio.* Arriba, cuando hablaba de la resurrección de las mentes y de las almas, ¿hizo acaso diferencia alguna? Pero todos los que oigan vivirán: porque obedeciendo vivirán. Mientras que resucitando y saliendo de los sepulcros, no todos irán a la vida eterna, sino los que obraron bien: y los que mal, al juicio. Que aquí juicio significa castigo. Y habrá separación mas no

como ahora. Pues también ahora vivimos separados, no por los sitios, sino por las costumbres, por los afectos, aspiraciones, deseos, por la fe, la esperanza y la caridad. Mezclados vivimos con los inicuos; mas no es una misma la vida de todos; en lo oculto nos diferenciamos, en lo oculto nos separamos: como los granos en la era, no como los granos en el granero. En la era se separan los granos y se mezclan; se separan cuando los despojan de la paja; se mezclan, por que todavía no están aventados y limpios del todo.

Entonces la separación será clara y completa, como de costumbres, así también de vida; como de sabiduría, así también de cuerpos. Irán los que bien obraron, a vivir con los ángeles de Dios: y los que mal, a ser atormentados con el diablo y sus ángeles. Y pasada la forma de siervo, pues para eso se había presentado para hacer juicio: después del juicio marchará de aquí. Llevará consigo el cuerpo cuya cabeza es, y ofrecerá el reino de Dios ¹⁰. Entonces se verá claramente la forma de Dios, que no lograron ver los inicuos, a cuya vista se había de presentar la forma de siervo. En otra parte dice también: *Irán éstos al fuego eterno* (de los de la izquierda) *y los justos a la vida eterna* ¹¹; de lo cual dice en otro lugar: *Esta es la vida eterna, que te conozcan a tí, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo*. Entonces aparecerá allí *el que subsistiendo en la forma de Dios, no consideró como presa arrebatada el ser igual a Dios* ¹²; entonces se mostrará como prometió a sus amadores que se les había de manifestar. Porque *el que me ama, dice guarda mis mandamientos; el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré* y me manifestará él. Presente estaba a aquellos a quienes hablaba: pero ellos veían la forma de siervo; la de Dios no la veían. Por medio del jumento eran conducidos al mesón para ser curados ¹³, mas ya curados, verán: pues dijo; *Me mostraré a él*. ¿Cómo se manifiesta igual al Padre? Cuando dice a Felipe: *El que me ve, ve a mi Padre*.

19. *No puedo yo hacer por mí mismo cosa alguna: según oigo juzgo*, y mi juicio es justo. Porque podíamos decirle: tú juzgarás y el Padre no juzgará; porque todo el juicio se lo dio al Hijo: luego no juzgarás y el Padre no juzgará, porque todo el juicio se lo dio al Hijo: luego no juzgarás según el Padre, añadió: *Mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado*. No hay duda de que el Hijo vivifica los que quiere. No busca su voluntad, sino la de aquel que le envió. No la mía, no la propia; no la mía, no la del Hijo del Hombre, no la mía que resiste a Dios.

Porque los hombres hacen su voluntad y no la de Dios, cuando hacen lo que quieren, no lo que manda Dios, mas cuando de tal suerte hacen lo que quieren, que no obstante, siguen la voluntad de Dios, no hacen su voluntad, aunque hagan lo que quieren. Haz con gusto y de buen grado lo que te mandan; y de ese modo harás de tal manera lo que tú quieres, que no harás tu voluntad, sino la del que te manda.

¿Qué es, pues, aquello: *Como oigo juzgo*? Oye el Hijo, y le muestra el Padre, y ve el Hijo obrar al Padre. También esto lo habíamos diferido para tratarlo más claramente, si después de la lección, nos quedaba tiempo y fuerzas. Si yo digo que puedo hablar todavía, no estáis vosotros para oír más. Quizá también con el deseo de oír, decís: podemos. Más vale, pues, que yo confiese mi flaqueza, y que, fatigado ya, no puedo hablar más, propinaros todavía a vosotros, hartos ya, lo que no podéis digerir cómodamente. Por tanto, tenedme, con la ayuda del Señor, por deudor para mañana de esta promesa que había diferido para hoy si quedaba tiempo.

Notas

1. Lc. 15, 32.
2. 1 Tes. 4, 15, 16.
3. Rom. 4, 5.
4. Ps. 33, 6.
5. Ps. 35, 10.
6. 2 Tim. 2, 17.
7. Zac. 12, 10.
8. Mt. 5, 8.
9. Rom. 10, 17.
10. 1 Cor. 15, 24.
11. Mt. 25, 46.
12. Fil. 2, 6.

13. Luc. 10, 34. Alude a la parábola del Buen Samaritano, el cual recogió al herido y lo puso sobre su bestia y lo llevó a la posada para curar. En el animal ven los Padres una imagen de la naturaleza humana que tomó el Verbo. El Buen Samaritano es el Hijo de Dios, que compadecido del Género humano, herido y robado por el demonio, se acercó a él bajando desde la altura del cielo. Hecho hombre con su sangre curó al hombre caído. El hombre pecador es curado, pues, por el Hijo del hombre en forma de siervo, para que sano pueda verlo en la forma de Dios.

TRATADO XX

De nuevo sobre aquello: En verdad, en verdad os digo que no puede el Hijo obrar, por sí cosa alguna, sino lo que viere obrar al Padre: porque todo cuanto obra el Pare, lo obra igualmente el Hijo (5. 19).

1. Las palabras de nuestro Señor Jesucristo, sobre todo las que trae el evangelista Juan, que no sin razón descansaba sobre el pecho del Señor, sino para beber allí secretos de altísima sabiduría, y eructar evangelizando lo que bebiera amando; son tan secretas y profundas y de tan difícil inteligencia, que turban a los corazones perversos y ejercitan a los sencillos, humildes y rectos. Veamos si hoy podemos, con la gracia y ayuda del Mismo que quiso que se nos recitaran a nosotros sus palabras, que se oyeron entonces y se escribieron, para que hoy se leyesen; entender que significa lo que hace un momento le habías oído decir: *En verdad, en verdad os digo que no puede el Hijo obrar por sí cosa alguna, sino lo que viere al Padre: porque todo lo que obra el Padre, lo obra igualmente, el Hijo.*

2. Ya recordaréis de donde se originó la presente plática por la lectura anterior, cuando entre aquellos que yacían en los cinco pórticos de la piscina de Salomón, curó el Señor a uno diciéndole: *Toma tu camilla y vete a tu casa.* Hízolo en sábado: por lo cual, escandalizados lo judíos, le calumniaban como destructor y violador de la ley. Entonces les dijo: *Mi Padre trabaja hasta el presente, y yo también trabajo.* Pues ellos, entendiendo carnalmente la observancia del sábado, creían que Dios, después del trabajo de fabricar el mundo, como que dormía, hasta hoy, y por eso santificó aquel día, desde el cual comenzó como a descansar de sus trabajos. Tiene su significación el sábado, preceptuado a nuestros antiguos Padres, que nosotros los cristianos observamos espiritualmente, absteniéndonos de toda obra servil, esto es, de todo pecado (pues dice el Señor: *Todo el que hace el pecado, siervo es del pecado*), teniendo en nuestros corazones descanso y paz, esto es, espiritual tranquilidad. Mas aunque la procuramos en este siglo, no llegaremos sin embargo, al perfecto descanso, sino

después que salgamos de esta vida. Y se dijo que Dios descansó, porque no siguió produciendo criaturas, después que las acabó todas. Y a esto llamó la Escritura descanso, para enseñarnos que después de las buenas obras vendrá el descanso. Pues así lo tenemos escrito en el Génesis: *E hizo Dios todas las cosas muy buenas... y descansó el día séptimo*¹; para que tú, oh hombre, al ver que Dios descansó después de hacer obras buenas, no te prometas descanso, sino después de haber hecho buenas obras; y así como Dios descansó el día séptimo, después de haber hecho al hombre a su imagen y semejanza el sexto día, en el cual acabó todas sus obras, que en gran manera eran buenas, así tampoco esperes el descanso, hasta que vuelvas a la semejanza, en que fuiste creado y perdiste pecando.

Porque no hemos de decir que trabajó Dios, que con sola su palabra hizo todas las cosas. En efecto, ¿quién hay que, después de obrar tan fácilmente, quiera descansar como si estuviera cansado del trabajo? Si dio órdenes y hubo quien le resistiese, si mandó y no se hizo, y tuvo que molestarse para que se hiciese, con razón se diría que descansó después del trabajo: mas leyendo, como leemos, en el mismo libro del Génesis: *Dijo Dios: Hágase la luz, y la luz fue hecha; dijo Dios: hágase el firmamento, y el firmamento fue hecho*²; y que todas las cosas fueron hechas al punto con sola su palabra: con lo cual concuerda el salmo diciendo: *El lo dijo, y fueron hechas, él lo mandó, y fueron creadas*³, ¿cómo iba a buscar descanso, después de crear el mundo, como si cesara de un gran trabajo, el que ninguno tuvo en mandar que se hiciese? Son, pues, místicas todas esas cosas, y sólo consignadas, para que esperemos después de esta vida el descanso, con tal, empero, que hubiéremos hecho buenas cosas.

Por eso el Señor, abatiendo la impudencia y rechazando el error de los judíos, y mostrando que no sentían rectamente de Dios, dijo a aquellos escandalizados, porque curaba en sábado. *Mi Padre trabaja hasta el presente, y yo también trabajo*: no penséis, pues, que de tal manera descansó mi Padre el sábado, que desde entonces no hace nada, sino que así como él sigue trabajando, también yo trabajo. Mas así como el Padre trabaja sin fatigarse, así también el Hijo. Díjolo Dios y fueron hechas.: dijo Cristo al paralítico: Toma tu camilla y vete a tu casa, y se hizo.

3. La fe católica enseña que son inseparables las operaciones del Padre y del Hijo. Eso es lo que intento exponer a Vuestra Caridad: mas, según las palabras del Señor, *el que pueda entender que entien-*

da ⁴, y el que no pudiera entender, no me eche a mí la culpa, sino a su torpeza, y acuda a aquel que abre el entendimiento para que le infunda lo que da. Finalmente, si alguien no entiende porque yo no me he expresado bien, compadezca la humana flaqueza, y suplique a la bondad divina. Porque tenemos por maestro interior a Cristo ⁵. Y así lo que o por falta de vuestro oír, o por defecto de mi hablar, no lleguéis a entender, convertíos en vuestro corazón a aquel que me enseña a mí lo que hablo, y os imparte a vosotros como le agrada. El que sabe lo que da y a quién se lo da, socorrerá al que suplica y abrirá al que llama. Y si acaso no lo concede, nadie se crea desamparado. Porque a veces dilata sus dádivas, mas a nadie deja perecer de hambre. Pues si no da luego a la hora, es por probar al que busca, no por desprecio al que pide.

Atended, pues, y ved lo que quiero decir aunque tal vez no acierte. La fe católica, afianzada por el Espíritu de Dios en sus santos, enseña, contra toda la malicia de los herejes, que son inseparables las obras del Padre y del Hijo. ¿Qué quiero decir con esto? Que así como el Padre y el Hijo son inseparables, así también son inseparables sus obras. ¿Cómo son inseparables el Padre y el Hijo? Porque El lo dijo: *Yo y el Padre somos una sola cosa*. Porque el Padre y el Hijo no son dioses, sino un solo Dios; el Verbo, y aquel cuyo Verbo es, uno y único, un solo Dios el Padre y el Hijo abrazados en caridad, y uno es también su Espíritu de caridad, de manera que Padre, Hijo y Espíritu Santo forman una Trinidad. De suerte que no sólo son inseparables las operaciones del Padre y del Hijo, sino también las del Espíritu Santo, como son iguales e inseparables sus personas. Todavía os voy a mostrar más claramente cómo son inseparables sus obras. No dice la fe católica que haya hecho una cosa el Padre y otra diferente el Hijo y el Espíritu Santo. Pues por el Verbo se hizo todo; cuando dijo y fueron hechas las cosas, por el Verbo se hicieron, por Cristo se hicieron. *en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por él*. Si por él se hicieron todas las cosas, cuando dijo Dios: *Hágase la luz, y se hizo la luz* ⁶, en el Verbo la hizo, por el Verbo la hizo.

4. Hace unos momentos hemos oído en el Evangelio aquel pasaje en que respondió el Señor a los judíos indignados: *porque no sólo violaba el sábado, sin que llamaba a Dios su Padre, haciéndose igual a Dios*; que así está escrito en el anterior perícopa. Contestando, pues, el Hijo de Dios y la Verdad a su errada indignación, dijo: *En verdad,*

en verdad os digo que no puede el Hijo hacer nada más que lo que viere hacer al Padre. Como si dijera: ¿Por qué os escandalizáis de que llamo mi Padre a Dios, y me hago igual a Dios? De tal modo soy igual, que El me ha engendrado, de tal manera soy igual, que no procede El de mí, sino yo de El. Porque esto se indica en estas palabras: *No puede el Hijo hacer por sí, sino lo que viere hacer al Padre*, esto es: Todo lo que el Hijo hace, del Padre tiene el hacerlo. ¿Por qué del Padre tiene el hacerlo? Porque del Padre tiene el ser el Hijo. ¿Por qué del Padre tiene el ser Hijo? Porque el Padre tiene el poder, del Padre tiene el ser. Porque en el Hijo una misma cosa es el ser y el poder. No así en el hombre. Levantad algún tanto vuestros corazones (entendimientos) de la consideración de la humana incapacidad, que se queda muy por debajo. Y, por si alguno de nosotros llega a alcanzar el secreto, y santamente embargado con el relampaguero de una gran luz, logra gustar algo, para no quedar en perpetua insipien- cia; no crea, sin embargo, que lo sabe todo, no sea que caiga en soberbia y pierda lo que alcanzó.

En el hombre una cosa es su esencia y otra su potencia; porque muchas veces, conservando su esencia, no tiene potencia para lo que quiere; y otras veces sí, puede lo que desea. Así es que una cosa es su ser y otra su poder. Pues si fueran una misma cosa, podría cuanto quisiera. Dios, en cambio, en quien no es cosa diferente la esencia o sustancia con que es; y la potestad con que puede, sino que le es esencial o consubstancial todo lo suyo y todo lo que El es; por ser Dios, no es de un modo y puede de otro, sino que tiene juntamente (identificados) el ser y el poder, porque tiene a un tiempo el querer y el obrar. Y así como la potencia del Hijo le viene del padre, también le viene del Padre la sustancia; y como del Padre le viene la sustancia, así también la potencia: no se distinguen en el Hijo la potencia y la sustancia, sino que lo mismo es en El la potencia y la sustancia; con la sustancia es, con la potencia puede. Luego, com el Hijo procede del Padre, por eso dijo: *No puede el Hijo obrar nada por sí.* Porque no viene de sí, por eso no puede nada por sí.

5. Parece haberse hecho menor cuando dijo: *No puede el Hijo hacer nada pro sí, sino lo que viere hacer del Padre.* Aquí yergue su cerviz la herética vanidad de aquellos, que dicen que el Hijo es menor que el Padre menor en potestad, majestad y poderío, no entendiendo el misterio de las palabras de Cristo. Pero mirad y ved cómo quedan perturbados en su carnal inteligencia por las mismas palabras de Cris-

to. No hace mucho que os dije esto mismo: cómo perturba los corazones perversos y ejercita los piadosos la palabra de Dios, máxime lo que dice el evangelista Juan. Porque habla cosas muy altas, no ordinarias y fáciles de entender. He aquí que ya el hereje, si por casualidad oye estas palabras, se levanta y nos dice: aquí tienes como es el Hijo menor que el Padre; oye las palabras mismas del Hijo que dice: *No puede el Hijo por sí hacer nada, sino lo que vea hacer al Padre*. Espera un poco, conforme a lo que está escrito: *Se manso y pronto para oír* ⁷. Supón que yo me he intrigado con estas palabras, al oír que *no puede el Hijo hacer cosa que no vea hacer al Padre*; porque sostengo que son ellos iguales al poder y la majestad. Turbado con estas palabras, te pregunto a ti, que crees haberlas entendido. Sabemos por el Evangelio que el Hijo anduvo sobre las ondas del mar. ¿En dónde vio al Padre andar sobre ellas? Aquí ya él se turba. Deja pues, a un lado tu anterior interpretación y estudiemos el asunto mano a mano. ¿Qué hacer, pues? Oído hemos las palabras del Señor: *No puede el Hijo hacer cosas que no viere hacer al Padre*. Sobre el mar él anduvo; el Padre nunca anduvo. Ciertamente, *el Hijo no hace cosa que no vea hacer al Padre*.

6. Vuelve, pues, a lo que antes decía, porque esto hay que entenderlo de manera que ambos encontremos plausible salida de la cuestión propuesta. Yo, desde luego, según la fe católica, veo fácil salida sin ofensión ni tropiezo alguno. Tú, por el contrario, encerrado en un círculo de hierro, andas buscando por dónde escapar... Repara por dónde entraste. Tal vez no has entendido lo que te iba diciendo. Mira por do entraste; óyele a él mismo que dice: *Yo soy la puerta*. No sin razón, pues, andas buscando por dónde salir y no encuentras; ¿por dónde entraste? No por la puerta, sino que te dejaste caer por el vallado, por la cerca. Sálvate, pues, como puedas; líbrate de la ruina y entra por la puerta; así entrarás sin tropiezo y saldrás sin error. Entra por Cristo, y, dejando a la puerta tus vanos y falsos prejuicios, habla únicamente lo que El te inspirase. Escucha cómo sale la fe católica de este atolladero. Anduvo el Hijo sobre el mar, no hay duda; posó sobre las furiosas ondas, sus humanas plantas, mas la carne andaba y la Divinidad gobernaba ⁸; ¿estaba, acaso, ausente el Padre, cuando la carne andaba y la Divinidad gobernaba? Si estaba ausente, ¿cómo es que dice el Hijo? *el Padre, que está en mí, El mismo hace sus obras*; aquel andar de la carne sobre el mar, el Padre lo hacía ⁹; por medio del Hijo lo hacía. Luego aquella acción es obra inseparable del Padre

y del Hijo. A los dos los veo obrando allí ni el Padre desamparó al Hijo, ni el Hijo se apartó del Padre. Así cuanto hace el Hijo, no lo hace sin el Padre: porque, cuanto hace el Padre no lo hace sin el Hijo.

7. De esta dificultad, ya salimos. Fíjate cuán rectamente decimos nosotros que son inseparables las operaciones del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Pues no ha de entenderse como tú lo entiendes, que hizo el Padre la luz, y le vio el Hijo hacerla, conforme a tu carnal inteligencia, que pretendes probar que es menor, porque dijo: *No puede el Hijo por sí hacer nada, si no ve al Padre hacerlo*. Hizo Dios Padre la luz, ¿qué otra luz hizo el Hijo? Hizo Dios Padre el firmamento, un cielo entre unas y otras aguas, vióle el Hijo, según tu modo de entender, tardo y grosero, vióle hacer el firmamento y dijo: *No puede el Hijo hacer por sí nada, si no ve al Padre hacerlo*; muéstrame otro firmamento. ¿Has perdido, tal vez, tú, el fundamento? Pues los que están sobreedificados sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, con Cristo Jesús por piedra angular¹⁰, están pacificados y tranquilos en Cristo, y no contienden ni yerran en la herejía. Entendemos, pues, que la luz fue hecha por Dios Padre, mas por el Hijo. Todas las cosas fueron hechas por El, y nada sin El. Desecha esa tu inteligencia, que no es inteligencia, sino estulticia. Hizo Dios Padre el mundo, ¿qué otro mundo hizo el Hijo? Muéstrame el mundo del Hijo. ¿De quién es éste en que vivimos? ¿Por quién fue hecho, dinos? Si dices que por el Hijo y no por el Padre, apostatas del Padre; si dices que lo hizo el Padre, no el Hijo, te sale al paso del Evangelio: *Y el mundo fue hecho por El y el mundo no le conoció*. Reconoce, pues, a Aquel por quien fue hecho el mundo, y no seas de aquellos que no conocieron al que hizo el mundo.

8. Son, pues, inseparables las obras del Padre y del Hijo. Mas lo mismo es decir *no puede el Hijo hacer nada por sí*, que decir no procede el Hijo de sí. Porque si es Hijo, ha nacido, y si ha nacido de aquel, procede de quien ha nacido. Pero, no obstante, lo engendró igual a sí. Porque nada le faltó al generante, ni buscó madre para engendrar el que profirió de sí al Verbo; o precedió en edad el generante al Hijo, engendrándole menor que el Padre. Mas tal vez dirá alguno: Pasados ya muchos siglos, en su extrema vejez engendró Dios su Hijo. No, ni el Padre envejece, ni el Hijo crece; no hay vejez en el Padre ni incremento en el Hijo, sino que engendró igual a igual, eterno al eterno. ¿Cómo la llama tempora engendra la luz temporal? Dame una llama sin luz, y te doy un Dios Padre sin Hijo. Esto es,

pues *no puede el Hijo por sí hacer cosas que no vea hacer al Padre*; porque el ver del Hijo, no es otra cosa que nacer del Padre. No es una cosa su visión, y otra su substancia: ni una su potencia y otra su substancia. Todo lo que es del Padre le viene: todo lo que puede; del Padre lo recibe; porque su poder y su ser uno es, y del Padre viene, todo él.

9. Sigue el Señor hablando, y con sus palabras inquieta y conturba las malas cabezas, a fin de reducir a la recta inteligencia a los errantes. Habiendo dicho: *No puede el Hijo hacer cosa alguna, si no ve al Padre hacerla*; para que no se metiese de por medio un entendimiento carnal, extraviando la mente, y viniese alguno a figurarse dos artesanos, uno maestro y otro discípulo, mirándole a las manos, mientras fabrica, v. gr., un arca, a fin de hacer él otra igual, según lo que había estado mirando hacer a su maestro. Para que no se figurase, pues, el entendimiento carnal en aquella simplicísima divinidad, un duplicado semejante dice a continuación: *Todo cuando hace el Padre, lo hace del mismo modo el Hijo*. No hace el Padre unas cosas y otras cosas parecidas el Hijo, sino las mismas y del mismo modo. Porque no dijo: ¿Hace cosas el Padre? Pues otra parecidas hace luego el Hijo; sino cuantas hace el Padre, esas mismas hace el Hijo, y del mismo modo. las que aquél esas éste; el mundo, el Padre; el mundo, el Hijo; el mundo el Espíritu Santo. Si tres dioses, tres mundos; pues un solo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, un mundo hecho del Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. Las que hace el Padre, esas hace el Hijo, y no de semejantemente, sino las mismas y del mismo modo.

10. Ya había dicho, *esas mismas hace*, ¿por qué añadió y semejantemente? Para que no surgiese en la mente otro error o mala inteligencia. ¿Ves la actividad humana? alma y cuerpo hay en el hombre; el alma impera al cuerpo, pero hay entre los dos muy grande diferencia: el cuerpo es visible; el alma, invisible; entre la potencia y virtud del alma y la de cualquier cuerpo aun celeste, hay muy gran distancia. Sin embargo, manda el alma a su cuerpo y ejecuta el cuerpo. Hace pues, el cuerpo lo mismo que hace el alma, pero no del mismo modo. ¿Cómo así? Fabrica el alma dentro de sí la palabra; manda hablar a la lengua, y ésta profiere la palabra formada por el alma; la hace así el alma como la lengua; la hace el Señor del cuerpo, y la hace el siervo; mas para hacerla éste, recibió la orden de su Señor, y bajo su mandato la hizo. Una misma cosa hacen los dos, pero ¿la hacen de la misma manera? ¿Cómo desemejantemente, dirá alguno? fíjate en la palabra

que hizo el alma que hizo mi alma; permanece en mí, la que pronunció mi lengua, hirió los aires, y ya no es. Cuando digas una palabra en tu alma y sonare en tu lengua, vuelve a tu alma y verás que está allí la palabra que dijiste. ¿Por ventura, permaneció en tu lengua como en tu alma? La que sonó en tu lengua la produjo tu lengua pronunciándola, la hizo tu alma pensándola, mas la que sonó en la lengua pasó; la que excogitó el alma, permanece. una misma cosa que ella retiene, y la lengua, una cosa que, hendiendo el aire, azota el oído. ¿Sigues tú, acaso las sílabas y logras que permanezcan?

No así, pues, el Padre y el Hijo, sino que hace las mismas cosas y del mismo modo. Y Dios hizo el cielo, que permanece; eso mismo hizo el Hijo, un cielo que permanece. Si Dios Padre hizo al hombre que muere, al mismo hombre mortal hizo el Hijo. Todo lo permanente que hace el Padre, eso mismo, permanente, lo hace también el Hijo; porque obra del mismo modo, y todo lo temporal que hizo el Padre, eso mismo y temporal, lo hizo también el Hijo; porque no sólo hizo las mismas cosas, sino también del mismo modo. Pues el Padre las hizo por el Hijo, ya que por el Verbo hizo el Padre todas las cosas.

11. Busca separación en el Padre y el Hijo, no la encuentras; mas ¿cuándo no la encuentras? Cuanto te elevas sobre ti, cuando piensas de Dios cosas muy superiores a tu menguado saber y entender. Mas si te entretienes en pensar esas cosas que se forma a sí mismo el ánimo errante, entonces habla con tus imaginaciones, no con el Verbo de Dios; esas tus imaginaciones te engañan. Pásalas de vuelo, asciende sobre tu cuerpo y mira tu alma; asciende sobre tu alma y mira a Dios. No llegarás a conocer a Dios, sino pasares también sobre tu alma; ¿cuánto menos le alcanzarás si permaneces engolfado en tu carne? Aquellos, pues, que gustan de lo carnal. ¡cuán lejos están de gustar y saber lo que es Dios, cuando no lo logran aun penetrando y gustando lo que es el alma! Apártase mucho de Dios el hombre cuando gusta de lo carnal, y hay gran distancia de la carne al espíritu, aunque mucho mayor es la que hay de éste a Dios. Tú, si estás en el alma, en medio estás; si miras abajo, cuerpo es (lo que ves); si miras arriba, Dios es. Sube sobre tu cuerpo, traspásate también a tí. Porque mira lo que dice el Salmo, y aprende a buscar a Dios: *Día y noche son mis lágrimas mi pan, mientras continuamente me dicen: "¿dónde está tu Dios?"* Como si nos dijeran los paganos: Ved aquí nuestros dioses; el vuestro ¿dónde está? Muéstranos lo visible; nosotros adoramos al Invisible. ¿Y a quién vamos a mostrárselo? ¿A hombres que no tienen

con qué verlo? Porque si ellos ven con sus ojos a sus dioses, otros ojos tenemos también nosotros para ver a nuestro Dios... mas nuestro Dios ha de limpiar nuestros ojos para que le veamos a El. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* ¹¹. Habiendo, pues, confesado su turbación, porque le decían cada día.: *¿Dónde está tu Dios?*, dijo: Acordéme de esto que no cesan de decirme: *¿Dónde está tu Dios?* y como queriendo abrazar a su Dios, dice: *Recordé esto y derramé mi alma sobre mí*. Luego, para hallar a mi dios, de quien me decían: *¿Dónde está tu Dios?* no derramé mi alma sobre mi carne, sino sobre mí; sobre mi pasé, sobre mí subí para lograr alcanzarle. Porque sobre mí está el que a mí me hizo; nadie logrará nunca alcanzarlo si no sube sobre sí.

12. Considera tu cuerpo: mortal es, terreno es, frágil es, corruptible es; deséchalo. Bueno, porque la carne es temporal y pasajera. Pues mira otros cuerpos son, espléndidos: estúdialos, también: mira cómo giran de Oriente a Poniente, no son fijos; visibles son, no sólo al hombre sino al bruto; huéllalos, sube más, pasa por encima. ¿Mas cómo traspasar los cuerpos celestes el que se arrastra por la tierra? No con la carne, sino con la mente. Menosprécialos también por más que brillen cuerpos son. Más al considerar tales maravillas, tal vez estarás pensando: no tengo, no encuentro adónde ir. Porque más allá, más arriba de los cuerpos celestes, ¿adónde voy a ir, adónde voy a subir y qué tengo de traspasar con la consideración de la mente? Ven, ¿has considerado ya todo eso? Sí, lo he rumiado y reflexionado mucho. Pues ¿de qué medio te has valido? ¿qué instrumento has usado? Preséntalo, que salga acá ese escudriñador. Ese considerador, ese definidor, ese discernidor, ese ponderador en la balanza de la sabiduría es el ánimo, la mente es, el espíritu, el alma. Sin duda alguna, mejor es, más excelente es el alma, con que todo eso has pensado que todas esas maravillas que pensabas. Espíritu es esa alma; pasa también sobre él. Pero antes de pasar, para ver mejor adónde pasas, compáralo a la carne. Mas no, no te dignes compararlo a tal cosa. Compáralo al fulgor del sol, de la luna, de las estrellas: mayor es el fulgor del alma. Considera en primer lugar, la celeridad del pensamiento. ¿No es, por ventura, más vehemente no es más veloz una centella del cogitante que todo el esplendor del sol luciente? Tu alma está viendo el sol saliente. ¡Qué tardo es su paso comparado con tu pensamiento! En un instante has recorrido tú su triunfal carrera, y él va pasando lentamente del Oriente al Ocaso, para salir de nuevo mañana del Oriente. Ya tu

mente lo ha recorrido todo y apenas comienza él su tardo movimiento.

Gran cosa es el alma. ¿Mas qué digo es? Pásala también, que es mudable, por más que sea superior a los cuerpos todos. Hoy conoce, mañana ignora, ahora se acuerda, luego se olvida, ora quiere, ora no quiere, hoy es justa, mañana pecadora. Traspasa, pues, toda mudanza: no sólo lo visible todo, sino también todo lo mudable. Pasadas ya todas estas cosas habías subido hasta tu alma, mas allí encontraste mudanza. ¿Es Dios, por ventura, mudable? Pasa, pues, más allá de tu alma. Derrama sobre ti tu alma para llegar a Dios, de quien te dicen: ¿Dónde está tu Dios?

13. No creas que es cosa sobre las humanas fuerzas. Eso hizo el evangelista Juan. Pasó de vuelo la carne, pasó la tierra que hollaban sus plantas, pasó los mares que estaba viendo, pasó los aires donde vuelan las aves, pasó el sol, pasó la luna, pasó las estrellas, pasó todos los espíritus invisibles, pasó su misma mente con la razón de su alma. ¿Y pasando todas estas cosas y derramando sobre sí su alma, ¿adónde llegó? ¿qué vio? *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios.*

Si no ves separación en la luz, ¿por qué la buscas en la obra? Mira a Dios, mira su Verbo, adhiérete al Verbo dicente, porque su decir no es pronunciar sílabas, su decir no es otra cosa que el refulgir con el esplendor de la sabiduría, ¿pues de su sabiduría, qué se ha dicho? *Resplandor es de la luz eterna*¹². Mira el resplandor del sol. En el cielo está y expande su luz por todas las tierras, por todos los mares; y es su luz corporal. Separa al Verbo del Padre si eres capaz de separar del sol su luz. ¿Más qué digo, el sol? La tenue luz de una vela, que puedes apagar de un soplo, difunde su resplandor sobre todo un campo de acción. La luz que el foco emite, viéndola estás; su emisión la ves, mas no su separación.

Tened, pues, entendido, hermanos carísimos, que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo tienen entre sí íntimas, esenciales e inseparables relaciones: que esta Trinidad beatísima es un solo Dios y que todas las obras de este único Dios son obras del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Lo demás que en el Evangelio se sigue, del discurso de Nuestro Señor Jesucristo, como también mañana tengo que hablaros, no faltéis para que lo sigáis.

Notas

1. Gén. 1, 31; 2, 2.
2. Gén. 1, 3. 6.
3. Ps. 148, 5.
4. Mt. 19, 12.
5. Habemus intus Magistrum Christum.
6. Gén. 1, 3.
7. Eccl. 15, 13.
8. Caro ambulabat et Divinitas gubernabat.
9. En cuanto que el andar sobre las aguas era sobrenatural y milagroso y suponía una intervención divina, pero no en cuanto que era una operación vital de la naturaleza divina.
10. Ef. 2, 20.
11. Mt. 5, 8.
12. Sap. 7, 20.

TRATADO XXI

Desde aquello: Porque el Padre ama al Hijo y le manifiesta todo cuanto obra hasta aquello: El que no honra al Hijo, tampoco honra al Padre que le envió. (5, 20-23).

1. El día de ayer, según lo que el Señor se dignó concedernos, tratamos en la medida de nuestras fuerzas y entendimos, según nuestra pequeñez, que son inseparables las operaciones del Padre y del Hijo, y que no hace unas cosas el Padre y otras el Hijo, sino que el Padre lo hace todo por medio del Hijo, como por su Verbo, de quien está escrito: *Todas las cosas se hicieron por él y sin él no se hizo nada*. Veamos hoy las palabras siguientes y supliquemos y esperemos del mismo Señor su misericordia para que, primero, si a él le place, entendamos la verdad; y si a tanto no alcanzáremos, al menos no incurramos en la falsedad. Porque más vale ignorar que errar; pero también es mejor saber que ignorar. Por consiguiente, ante todo debemos esforzarnos por saber; si logramos, a Dios las gracias; mas si no pudiéremos, desde luego, alcanzar la verdad, que no caigamos en el error. Porque es preciso considerar qué somos y qué misterios tan profundos tratamos. Porque somos hombres, vestidos de carne mortal, caminantes en este valle hondo, oscuro; y, si bien renacidos ya de la semilla de la palabra de Dios, de tal modo, no obstante, renovados en Cristo, que no estamos aún despojados del todo de Adán. Porque lo mortal y corruptible que en nosotros agrava y apesadumbra el alma, de Adán es, claro y manifiesto que es; y lo espiritual que en nosotros eleva el alma, de la misericordia y don de Dios, que envió a su Unigénito a vestirse de nuestra carne mortal y revestirnos de su inmortalidad. Este es nuestro maestro, para que no pequemos, y nuestro abogado y defensor si pecáremos, y arrepentidos, confesáremos nuestros yerros; nuestro intercesor, si tratamos de implorar algún beneficio del Señor, y nuestro magnífico dador con el Padre, porque no son los dos más, que un solo Dios.

Pero todo esto lo hablaba como hombre a hombres: Dios oculto, hombre manifiesto, para a los manifiestos hombres hacerlos dioses; y el Hijo de Dios, hecho hijo de hombre, para hacer a los hijos de los

hombres hijos de Dios. De qué arte se vale para esto su sabiduría, por sus palabras lo conocemos. Porque habla como pequeño a los párvulos; mas él de tal modo es pequeño, que también es grande; y nosotros, pequeños; pero en él, grande; habla, pues, como quien acaricia, abriga y nutre a los lactantes y amando crecientes.

2. *Había dicho: No puede hacer por sí cosa el Hijo, que no viera hacerla al Padre.* Y ya entendimos, por estas palabras, que no hace el Padre algo aparte para que, visto por el Hijo, haga éste algo semejante a lo que vio hacer a su Padre, sino que por esas palabras se ha de entender que todo el Hijo es o procede del Padre, y todo su ser y poder le viene del que lo engendró. Ahora, pues, habiendo dicho que lo que hace el Padre lo hace El igualmente, para que no entendiésemos que unas cosas las hace el Padre y otras el Hijo, sino que con igual poder hace el Hijo las mismas cosas que hace el Padre, cuando éste las hace por medio del Hijo, añadió en las palabras siguientes lo que hoy hemos oído leer: *El Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que hace.* Otra vez turbados los humanos pensamientos: El Padre enseñando al Hijo lo que hace. ¿Luego, dirá alguno, obra el primero aparte del Hijo, para que pueda éste ver y aprender lo que hace? ¡Humanas ocurrencias! Se imaginan al Padre y al Hijo como si fueran dos artesanos: como un carpintero enseñándole a su hijo aprendiz cómo se hace una mesa, para que luego haga él otra igual. *Muéstrale*, dice lo que hace. ¿Luego mientras el Padre trabaja, está el Hijo parado, mirándole a las manos para ver y aprender lo que hace? Ciertamente *que todas las cosas fueron hechas por medio de El.* Por aquí vemos la manera cómo muestra el Padre al Hijo lo que obra, puesto que el Padre no obra nada sino por medio del Hijo.

¿Qué obras ha hecho el Padre? El mundo. ¿Y estuvo enseñándole al Hijo cómo lo hacía, para que El fabricase otro semejante? ¿Pues dónde está el mundo hecho por el Hijo? No así, por cierto, sino que así como todas las cosas fueron hechas por medio de El, y sin El no se hizo nada, también el mundo fue hecho por El. Si por El ha sido hecho el mundo y todas las cosas han sido hechas pro El, de suerte que nada hace el Padre que no lo haga por medio del Hijo, ¿en dónde le muestra el Padre al Hijo lo que hace, sino en el mismo Hijo, por quien lo hace? ¿Cuál es el taller donde el Padre enseña su artefacto al Hijo, como si estuviera fuera y estuviera sentado fuera en su obrador, para que el Hijo le mire a las manos a ver cómo se hace la obra? ¿Dónde queda, en este caso, aquella excelsa Trinidad inseparable?

¿Dónde el Verbo, de quien se ha dicho que es *la Virtud* (el Poder) y *la Sabiduría de Dios* ¹. ¿Dónde lo que la Escritura dice de esa misma Sabiduría, que es *el resplandor de la luz eterna*? ². ¿Dónde lo que de ella se dice: *Abarca poderosa todas las cosas* de uno a otro confín, y lo gobierna todo con suavidad? ³. Si el Padre hace algo, por el Hijo lo hace; si lo hace por su sabiduría y por su poder no le muestra fuera nada que haya de mirar el Hijo, sino que dentro, en El mismo, le muestra lo que hace.

3. ¿Qué es lo que ve el Padre, o mejor dicho, qué es lo que ve el Hijo en el Padre para hacerlo El? Podría, tal vez, decirlo, pero dame quien pueda comprenderlo: o quizás podría pensarlo, mas no decirlo, o acaso ni pensarlo. Porque nos excede aquella divinidad como Dios a hombres, cómo inmortal a mortales, como eterno a temporales. Inspírenos y dénos algo, dignese rociar y destilar algo para apagar nuestra sed, y no quedarnos secos en este yermo. Digámosle Señor, al que aprendimos a decirle Padre. Osamos llamarle Padre, porque El mismo quiso que se lo llamásemos; con tal que vivamos de manera que no nos diga: *Si yo soy vuestro Padre, ¿dónde está mi honra? Y si soy vuestro Señor, ¿dónde está la reverencia que me es debida?* ⁴. Digámosle pues. Padre nuestro. ¿A quién decimos Padre nuestro? Al Padre de Cristo. Pues el que al Padre de Cristo llama Padre nuestro, ¿cómo ha de llamar a Cristo sino Hermano nuestro? Pero no es Padre nuestro como es Padre de Cristo, pues nunca nos juntó Cristo de suerte que no pusiese diferencia entre El y nosotros. Porque El es igual al Padre, eterno con el Padre y coeterno al Padre, y nosotros, hechos por el Hijo, adoptados por el Unico. Por eso nunca se oyó de labios de Nuestro Señor Jesucristo, cuando hablaba con sus discípulos, llamar a Dios Padre suyo supremo Padre, sino que dijo: o padre mío o Padre nuestro. Nunca dijo Padre nuestro, hasta el punto de que en cierto lugar puso las dos cosas, diciendo: *Voy a mi Padre y a vuestro Padre*. ¿Por qué no dijo: a nuestro Padre? *Padre mío*, dijo, y *Padre vuestro*; pero no dijo Padre nuestro. De tal suerte lo junta; que lo distingue, y de tal modo lo distingue, que no lo separa. Quiere que seamos uno en El y una sola cosa el Padre y El.

4. Por mucho, pues, que entendamos y por mucho que veamos, aunque lleguemos a igualar a los ángeles, lo veremos como lo ve el Hijo. Porque nosotros, aún en los momentos en que no vemos, somos algo. ¿Y qué otra cosa somos cuando no vemos, sino no videntes? Pero aun no viendo, todavía existimos; y para ver nos volvemos hacia

el que miramos: y se realiza en nosotros la visión que antes no teníamos a pesar de que existíamos. ¿No es hombre, por ventura, uno que no ve? Ciertamente, y ese mismo, cuando luego llega a ver, se llama vidente. Luego no se identifica su ver con su ser: por una razón es hombre y por otra vidente: pues si lo mismo fuera en él el ver que el ser hombre, nunca sería hombre sin ser vidente. Mas cuando es hombre que no ve y anda pretendiendo ver lo que no ve, hay sujeto que busca, hay quien se vuelve para ver: y cuando ya se ha vuelto bien y ha conseguido ver, viene a ser hombre vidente el que antes era hombre no vidente. El ver, pues, se allega a él y se aparta de él: se acerca, cuando se vuelve, y se aparta cuando se retira. ¿Es así acaso el Hijo? De ningún modo. Nunca fue Hijo no vidente, que después viniera a ser vidente: sino que el ver al Padre eso es en El ser Hijo. Nosotros, extraviándonos a pecar, perdemos la iluminación, y convirtiéndonos a Dios, percibimos la iluminación. Porque una cosa es la luz que nos ilumina y otra nosotros, que somos iluminados. La luz, empero, que nos ilumina, ni se aparta de sí ni pierde luz, porque es la luz. De esta manera, pues, muestra el Padre al Hijo lo que hace; de suerte que en el Padre ve el Hijo todas las cosas, y en el Padre es el Hijo todo lo que es. Porque viendo nace y naciendo ve. Pero nunca estuvo sin haber nacido, para nacer después: como nunca estuvo sin ver, para ver después, sino que en el ver consiste su ser, en el ver está su nacer, en el ver su durar, en el ver su inmutabilidad, en el ver su carácter de principio de fin.

No tomemos, pues carnalmente el estar el Padre sentado, enseñando al Hijo su obra; a fin de que según el artificio que ha visto hacer al Padre, hacer El otro semejante en otra oficina o de otra materia. *Pues todas las cosas fueron hechas por El y sin El ninguna se hizo.* Verbo del Padre es el Hijo. Porque diciendo en el Hijo lo que había de hacer por el Hijo, engendró al mismo Hijo, por quien había de hacer todas las cosas.

5. *Y le mostraré obras mayores todavía, de suerte que vosotros quedéis asombrados.* Otra vez vuelve a turbar. En efecto, ¿quién hay que dignamente escudriñe tan gran secreto? Pero El mismo, que se ha dignado hablarnos, nos da parte de él. Porque, ¿cómo había de querer decir lo que no quisiera que entendiese?; ¿iba por ventura, a excitar nuestra atención para luego dejarnos en ayunas?

Ya dijimos, como pudimos, que el Hijo no empieza a saber en el tiempo, y que no es una cosa su ciencia y El otra, y una cosa su visión

y otra El: sino que el Hijo es la visión misma, y la ciencia misma y sabiduría del Padre, y que esa ciencia y esa visión eterna existe *ab aeterno*, y es coeterna con aquel de quien procede; y que allí no varían nada los tiempos: nada nace que antes no fuera, ni perece lo que era. Todo lo dijimos ya; según nuestros cortos alcances. ¿A qué viene, pues, aquí el tiempo, qué tiene que ver aquí el tiempo, para que nos dijera: Mayores, mucho mayores maravillas le ha de mostrar aún? Porque una cosa es (demonstravit) le demostró, y otra muy diferente (demonstrabit) le demostrará: le mostró, lo decimos de cosa pasada: le mostrará; lo decimos de lo futuro. ¿Qué hacer, pues, y qué pensar, hermanos? He aquí que viene de nuevo a hablarnos de tiempo, a nombrarnos diversos tiempos él mismo que antes dijimos que era coeterno al Padre, que nada variaba en él los tiempos y lugares, que permanecía siempre viendo al Padre, viendo al Padre y con esto existiendo; y ahora nos dice: *Le mostraré cosas mayores*. ¿Le va, pues, a mostrar todavía algo al Hijo que Este no sepa? ¿Qué hacer aquí; cómo entender? He aquí que nuestro Señor Jesucristo estaba arriba y ahora está abajo? ¿cuándo estaba arriba? Cuando dijo: *Cuanto hace el Padre lo hace también lo mismo el Hijo*. ¿Y cómo ahora abajo? *Le mostrará mayores obras*. ¡Oh Señor Jesucristo, Salvador nuestro, Verbo de Dios por quien todo lo hizo, ¿qué te va ahora a enseñar el Padre que tú no sepas todavía? ¿Qué cosa se te oculta del Padre? ¿Qué se te oculta a ti en el Padre, a quien no está oculto el Padre? ¿Qué obras mayores son esas que te va a enseñar, o mayores que cuáles van a ser? Porque al decirnos: *Mayores que éstas*, debemos indagar primero cuáles son éstas.

6. Recordemos de dónde tuvo origen este discurso: cuando curó al paralítico, que llevaba treinta y ocho años enfermo, y le mandó cargar con su camilla y marcharse a su casa. Sulfurados por este hecho los judíos, con quienes hablaba (hablaba con las exteriores palabras, callaba con la interior iluminación y comprensión, se abría en cierto modo a los entendedores y se encubría a los airados y furiosos); exasperados por este hecho los judíos, porque lo había hecho el Señor en sábado, dieron ocasión a este discurso. No oigamos, pues, esto, olvidando lo arriba dicho; sino recordemos al enfermo de treinta y ocho años curado repentinamente ante la admiración y la ira de los judíos. Más buscaban sombras en el sábado que luz en el milagro. Hablando, pues, a estos furiosos, les dijo estas palabras: *Mayores obras que éstas le ha de mostrar todavía*. ¿Mayores que

éstas?, ¿qué cuáles? Habéis visto curado de repente un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo; pues mayores cosas que estas le va el Padre a mostrar al Hijo. ¿Cuáles son esas cosas mayores? Sigue y dice: *Porque así como el Padre resucita a los muertos y da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere*. Mucho mayores cosas son éstas; pues mucho más es resucitar a un muerto que curar a un enfermo: mayores son éstas. Mas ¿cuándo se las va a enseñar el Padre al Hijo? ¿Acaso las ignora el Hijo?; y el que hablaba, ¿no sabía resucitar muertos? Todavía tenía que aprender a resucitar muertos. Aquel por quien fueron hechas todas las cosas. El que hizo que tuviéramos vida los que no existíamos, ¿tenía que aprender todavía a resucitarnos? ¿Qué es, pues, lo que quiere decir?

7. Que bajó a nosotros, y el que poco antes hablaba con Dios, empezó a hablar como hombre. Es hombre, sin embargo, el mismo que es Dios, porque Dios se ha hecho hombre: mas hecho lo que no era, no perdió lo que era. Allegose pues, el hombre ⁵ a Dios, para que comenzase a ser hombre el que era Dios: no para que fuera ya hombre y no fuese Dios. Oigásmosles, pues, ya como hermano nuestro, los que antes le oíamos como nuestro Criador; Criador, como Verbo en el principio; hermano, como nacido de la Virgen María; Criador antes de Abraham, antes de Adán, antes de la tierra, antes del cielo, antes de todas las cosas corporales y espirituales: hermano del linaje de Abraham, de la tribu de Judá, de una doncella israelítica.

Si reconocemos, pues, en éste que nos habla a un Dios Hombre, entendamos sus palabras como de Dios y como de hombre: porque hay veces en que nos dice tales cosas que pertenecen a la majestad, y otras a la humildad y bajeza humana. Porque es excelso el mismo que es bajo para hacernos a los bajos excelsos.

¿Qué dice, pues? *Mayores obras que éstas le mostrará para que vosotros quedéis asombrados*. Luego a nosotros nos las va a mostrar, no a El. Por eso dijo: *para que vosotros os asombréis*. Porque con esto explicaba lo que quiso significar diciendo: *Me mostrará el Padre*. ¿Por qué no dijo, os mostrará a vosotros el Padre, sino las mostrará al Hijo? Porque nosotros somos miembros del Hijo, y éste aprende en cierto modo en nosotros, sus miembros lo que nosotros aprendemos. ¿Cómo aprende en nosotros? Como padece en nosotros. ¿Y cómo probamos que padece en nosotros? Por aquella voz que se oyó del cielo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* ⁶. ¿No es, por ventura El quien nos tomará residencia al fin de los tiempos, y poniendo los

justos a la derecha y los inicuos a la izquierda, dirá: *Venid benditos de mi Padre, recibid el reino: porque tuve hambre y me distéis de comer?* Y al responder ellos: *Señor, ¿cuándo te vimos hambriento?* le contestará: *Cuando lo disteis a uno de estos mis pequeñuelos, a mí me lo distéis*⁷. Al que dijo, pues: *cundo lo disteis a uno de estos mis pequeñuelos, a mí me lo disteis*; preguntémosle ahora, y digámosle: Señor, ¡aprendiz Tú, que enseñas todas las cosas? Al punto nos responderá en conformidad con nuestra fe. Cuando uno de mis pequeñuelos aprende, aprendo yo.

8. Congratulémonos, pues, y demos a Dios gracias, porque nos ha hecho no sólo cristianos, sino Cristo. ¿Entendéis, hermanos, la gracia y beneficio que Dios nos ha hecho? ¿Comprendéis su excelsa dignación? Llenáos, rebusad de admiración y gozo, Cristo hemos sido hechos: pues si El es la Cabeza, nosotros somos los miembros. ¿Qué quién lo dice? El Apóstol Pablo: *Para que no seamos ya niños fluctuantes, que se dejan llevar de todo viento de doctrina*⁸. Antes había dicho: *Hasta que lleguemos todos juntos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a la madurez del varón perfecto a un desarrollo orgánico proporcionado a la plenitud de Cristo*. ¿cuál es la plenitud de Cristo? La Cabeza y los miembros. ¿Cuál es la Cabeza y cuáles los miembros? Cristo y la Iglesia. Grande arrogancia, gran soberbia sería en nosotros el llamarnos miembros de su cuerpo, si el no se hubiera dignado concedernos tan alto honor, diciéndonos por su Apóstol: *Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros*⁹.

9. Al mostrar, pues, el Padre sus obras a los miembros de Cristo se las muestra a Cristo. ¡Maravilla estupenda, gran milagro, pero verdadero! Enseñan a Cristo lo que ya sabía, y se le enseña a Cristo por medio de Cristo. ¡Cosa admirable, gran portento! mas Escrituras cantan. ¿Osaremos contradecir a los divinos oráculos, y no más bien procurar conocerlos y mostrarnos reconocidos, dando las más rendidas gracias por su don magnífico al celestial Dador?

¿Qué significa, hermanos, lo que he dicho: Enseña el Padre a Cristo por medio del Cristo? Que enseña a los miembros de su Cabeza. Míralo en ti mismo: supón que quieres coger algo con los ojos cerrados: no sabe tu brazo adónde echar mano, y eso que es miembro tuyo, y no separado del cuerpo: abre los ojos, ya ve tu brazo adónde dirigirse; le enseñó la cabeza, y el miembro la sigue. Si, pues, en ti cabe, eso si tu cuerpo enseña a tu cuerpo, y por medio de tu cuerpo se le enseña algo a tu cuerpo, ¿qué extraño es que se le enseñe algo a

Cristo por Cristo? Indica la cabeza para que vean los miembros; la cabeza enseña y los miembros aprenden; y, sin embargo, uno sólo un mismo hombre son la cabeza y los miembros. No quiso apartarse, sino que se dignó aglutinarse. Lejos estaba de nosotros, y muy lejos: ¿Qué hay tan lejos como Creador y criatura?, ¿qué tan lejos como Dios y hombre? ¿qué tan lejos como justicia e iniquidad?, ¿qué tan lejos como eternidad y mortalidad? Mira cuán lejos estaba el Verbo en el principio, Dios en Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas. ¿Cómo se acercó, pues, cómo se aproximó tanto que llegó a ser lo que nosotros, y nosotros estamos y vivimos en El? *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.*

10. Esto es, pues, lo que quería enseñarnos: esto es lo que enseñó a sus discípulos, que le vieron en carne mortal. ¿Y qué es ello? *Que así como el Padre resucita a los muertos y (les) da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere.* ¿Por ventura a unos el Padre y a otros el Hijo? No, sino que todas las cosas fueron hechas por El. ¿que decimos, hermanos míos? Cristo resucitó a Lázaro: ¿qué muerto resucitó el Padre para que viera Cristo cómo había de resucitar a Lázaro? ¿Por ventura cuando Cristo resucitó a Lázaro no lo resucitó el Padre, y estuvo el Hijo solo sin el Padre? Leed la lección misma y veréis que invoca allí al Padre; como Dios, obra con el Padre. Luego la resurrección de Lázaro fue obra del Padre y del Hijo y don y gracia del Espíritu Santo: toda la Trinidad obró la maravilla. No entendamos; pues, las palabras: *así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da a cuantos quiere*, de modo que creamos que a unos resucita y vivifica el Padre, resucita y vivifica también el Hijo, pues por El se hicieron todas las cosas y sin El nada se hizo. Y para mostrar que, aunque dada por el Padre, tiene El, no obstante, la misma potestad, dijo: *Así también el Hijo da vida a cuantos quiere*, para demostrar allí su omnipotente voluntad; y para que nadie dijera: El Padre resucita a los muertos por el Hijo, como quien tiene la potestad, y el Hijo con potestad ajena, obrando como ministro, como ángel; significó la potestad cuando dijo: *Así el Hijo vivifica cuantos quiere*. No quieren el Padre y el Hijo cosas diversas, sin que así como tienen una sola substancia, así también tienen una sola voluntad.

11. ¿Y cuáles son estos muertos, que vivifican el Padre y el Hijo? Son quizá los que dijimos, Lázaro, o el hijo de la viuda, o la hija de Jairo? pues sabemos que fueron resucitados por Cristo Nuestro Señor. Otra cosa diferente quiere insinuarnos la resurrección de los muertos

que todos esperamos: no aquella que lograron algunos para que creyesen los demás. Pues resucitó Lázaro para volver a morir; resucitaremos nosotros para siempre vivir. ¿Esta resurrección la hace el Padre o el Hijo? La hace el Padre en el Hijo. Luego el Hijo y el Padre en el Hijo. ¿Cómo se prueba que habla de esa resurrección? Porque para que no lo entendiésemos de la resurrección que hizo para milagrosa señal de su misión divina, añadió: *Porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo el juicio lo ha entregado al Hijo.* ¿Qué significa esto? Habla de la resurrección de los muertos, porque *así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a cuantos quiere*; porque si no da inmediatamente razón el juicio, diciendo: *El Padre a nadie, juzga, sino que entregó al Hijo todo el juicio*, sino porque había hablado de la resurrección que tendrá lugar en el juicio?

12. *Aunque el Padre, dice, no juzga a nadie sino que todo el juicio lo dio al Hijo.* No hace mucho imaginábamos que hace el Padre cosas que no hace el Hijo, cuando decía: *El Padre ama al Hijo y le enseña todo lo que hace*: como si el Padre obrara y el Hijo mirara. Así quería sorprender nuestra mente la interpretación carnal, como si hiciera algo el Padre que no hacía el Hijo: ahora, por el contrario, vemos al Hijo hacer algo que no hace el Padre. ¿Cómo nos trae al retortero, cómo vuelve y revuelve nuestra mente, trayéndola de acá para allá, sin dejarla sosegar un punto, para, manejándola ejercitarla, ejercitándola limpiarla, limpiándola capacitarnos, y capacitados llenarnos de su luz y su gracia! ¿Cómo nos intrigan estas palabras? ¿Qué decía? ¿Qué dice ahora? Poco ha nos decía que el Padre enseñaba al Hijo lo que hacía: veíamos al Padre obrar y al Hijo mirar, *ahora le toca al Padre mirar y al Hijo obrar*: pues el Padre no juzga, *sino que le dejó el juicio al Hijo.* ¿Luego cuando se ponga el Hijo a juzgar estará el Padre vacante y no juzgará? ¿Qué es esto? ¿cómo entenderlo?, ¿qué dice tú, Señor? Tú eres Dios Verbo, yo un hombre, mendigo. *¿Dices que el Padre no juzga a nadie, sino que le dio al Hijo todo el juicio?* en otro lugar leo que dijiste: *Yo a nadie juzgo, hay quien inquiere y juzga.* ¿De quién dices, hay quien indaga y juzga, sino del Padre? El indaga tus injurias. El juzga de tus injurias. ¿Cómo dices aquí que *el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio se lo entregó al Hijo?* Preguntemos también a Pedro, oigámosle hablando en su carta: *Cristo padeció por nosotros, dice, dándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas; el cual no cometió pecado alguno ni se halló*

dolo en su boca; quien cuando le maldecían no retornaba maldiciones, cuando le injuriaban, no prorrumpía en amenazas, sino encomendaba su causa al que juzga con justicia ¹⁰. ¿Cómo es, pues, verdad que el Padre no juzga a nadie, sino que todo el juicio se lo entregó al Hijo? Aquí comienza nuestra turbación, turbados e intrigados, trabajemos y sudemos para que así nos limpiemos y purifiquemos. Procuremos, en cuanto con su gracia podamos, coger algo y penetrar los altos misterios de estas palabras. Mas ¿no será temeridad tratar de discutir y escudriñar las palabras de Dios? Pues ¿para qué las dijo sino para que las conozcamos? ¿para qué las pronunció sino para que las oyésemos? ¿para qué se oyeron sino para que se entendiesen? Dígnese, pues El confortarnos y concedernos algo, y si aún no logramos penetrar hasta el manantial mismo, bebamos de los arroyuelos. He aquí que el mismo Juan, manando, como salto de agua vivo, nos trajo de lo alto el Verbo, y lo humanó y humilló, y como que lo postró y allanó, para que no nos llene de pavor y de santo horror el sitio, sino que nos atraiga y anime a acercarnos con cariño y confianza el humilde y el bajo.

13. Hay de esas palabras, el Padre a nadie juzga, sino que le dio al Hijo todo el juicio manifiesto: en este juicio manifiesto juzgará el Hijo, porque aparecerá a los que han de ser juzgados. Que El aparecerá nos lo dice evidentemente la Escritura. A los cuarenta días después de su resurrección subió a los cielos a vista de sus discípulos: y una voz angélica les dijo: *Varones de Galilea, ¿por qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que, separándose de vosotros, se ha subido al cielo, vendrá así del modo que le habéis visto ir al cielo* ¹¹. ¿Como le vieron ir? En la carne que tocaron y palparon, de cuyas cicatrices se convencieron tocándolas en aquel cuerpo, con lo cual entró y salió con ellos por cuarenta días, manifestándose a ellos en verdad, no en alguna apariencia o falsedad, no un fantasma, no una sombra, no un espíritu: sino El les dijo no engañándolos: *Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que tengo* ¹². Es cierto, ya un cuerpo glorioso, digno de la celestial mansión, no sujeto a la muerte ni a la acción y mudanzas de los tiempos. Desde aquella edad, que era juvenil, no va inclinándose a la vejez, como creció desde la infancia hasta ella: permanece como subió vendrá a aquellos a quienes, antes de venir, quiso que se predicase su Evangelio. Vendrá, pues, así en forma humana: la verán los separados, a la izquierda; como está escrito: *Y alzarán sus ojos a mí, a quien traspasaron* ¹³. Si han de ver al que

traspasaron, verán aquel mismo cuerpo, que alancearon: al Verbo, no lo hiere la lanza: pondrán, pues, allí ver los impíos al mismo que pudieron vulnerar. Al Dios oculto y latente en el cuerpo no lo verán: los de la derecha, sí, lo verán después del juicio. Eso es lo que dice: *El Padre no juzga, sino el Hijo*; que Este vendrá visible y manifiesto al juicio, y apareciendo a los hombres en su cuerpo humano dirá a los de la derecha: *Venid, benditos de mi Padre, a recibir el reino; y a los de la izquierda: Id al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles* ¹⁴.

14. Verán, pues, la forma de hombre los píos y los impíos, los justos y los injustos, los fieles y los infieles, los gozosos y los llorosos, los confiados y los confusos: todos lo verán. ¿Y una vez que aquella naturaleza humana fuere vista en el juicio, luego que hubiere terminado éste, por el cual se dijo: *el padre a nadie juzga, sin que todo el juicio se lo dio al Hijo*, por esta razón, porque aparecerá el Hijo en la que de nosotros tomó qué sucederá luego? ¿Cuándo se verá aquel Verbo que era en el principio, Dios en Dios, por quien se hicieron todas las cosas? ¿Cuándo se verá aquella forma de Dios de que dice el Apóstol: *Cómo subsistiese en la forma de Dios, no tuvo como usurpación mantenerse igual a Dios* ¹⁵.

Grande es aquella forma, en que se ve todavía la igualdad del Padre y del Hijo: inefable, incomprensible, sobre todos a los pequeños. ¿Cuándo se verá? He aquí que están a la derecha los justos, a la izquierda los injustos: todos igualmente ven al hombre, ven al Hijo del hombre, ven al que fue punzado, ven al que fue crucificado, ven al humillado, ven al nacido de la Virgen, ven al Cordero de la tribu de Judá; al verbo de Dios en Dios, ¿cuándo le verán? Estará aquí entonces también mas aparecerá la forma de siervo. Mostraráse a los siervos la forma de siervo: guardaráse para los hijos la forma de Dios. Háganse, pues, hijos los siervos: los que están a la derecha vayan a la prometida herencia, que creyeron, sin verla los mártires, por cuya promesa no dudaron derramar su sangre: vayan allá y véanla allí. ¿Cuándo irán allá? Dígalo el mismo Señor: *Así irán aquellos al eterno incendio, y los justos a la vida eterna* ¹⁶.

15. La vida eterna ha nombrado, ¿habrá querido darnos a entender que allí veremos al Padre y al Hijo? ¿Y si vivimos allí eternamente, sin ver al Padre y al Hijo? No, oye cómo en otro lugar nombró expresamente la vida eterna, explicando además en qué consiste. No temas, no te engaño: no sin razón se la prometí a mis amadores

diciendo: *El que tiene mis mandamientos, y los guarda ese es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre y yo le amaré, y me manifestaré a él.* Respondamos al Señor y digámosle: ¿Y qué tiene ese Señor, qué tiene eso de grande ni extraño? ¿Qué te vas a mostrar a nosotros? ¿Pues no te mostraste a los judíos? ¿No te vieron y te crucificaron? Bueno, sí, te nos mostrará en el juicio, cuando estemos a tu derecha: ¿pues no te van a ver también los que están a la izquierda? ¿Qué quieres significar diciendo que te nos vas a mostrar a ti mismo? ¿Pues no te estamos viendo ahora cuando hablas? Responde: Me mostraré en la forma de Dios, ahora me veis en la forma de siervo. No te defraudaré, ¡oh, hombre infeliz! cree y me verás. Amas y no ves, ¿el amor mismo no te ha de conducir a que veas? Ama, persevera en amar; no defraudaré tu amor, yo que limpié tu corazón. ¿Pues para qué limpié tu corazón, sino para que puedas ver a Dios? *Bienaventurados los limpios de corazón; porque ellos verán a Dios* ¹⁷. Pero eso, replica el siervo, como disparando con el Señor, eso no lo expresaste cuando dijiste: Irán los justos a la vida eterna; no dijiste. Irán a verme en la forma de Dios, y a ver al Padre, a quien soy igual. Pues atiende a lo que en otra parte dijo: *Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo.*

16. Pues y ahora después de mencionar el juicio que el padre dio todo al Hijo, no juzgas a nadie, ¿qué vas a ser?, ¿qué sigue luego? *Para que todos honren al Hijo como honran al Padre.* Los Judíos honran al Padre, desprecian al Hijo. En el Hijo veían un siervo, al Padre le honraban como Dios. Ya aparecerá el Hijo como igual al Padre, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. Al presente así lo creemos.

Y no venga el Judío dividiendo. Yo honro al Padre, ¿qué tengo yo de que ver con el Hijo? Respóndale: El que no honra al Hijo no honra al Padre. Mientes con toda tu boca: deshonras al Hijo e injurias al Padre. El Padre envió al Hijo, y tú desprecias a su enviado. ¿Cómo vas a honrar al que envía, si deshonras a su enviado?

17. El Hijo fue enviado, dirá alguno; mayor es el Padre, pues le envió. Apártate de la carne. El hombre viejo sugiere vejezes; tú reconoce en el nuevo la novedad, El nuevo para ti, desde la eternidad antiguo, perpetuo, eterno, reduzca tu entendimiento al buen sentido. ¿Menor el Hijo porque ha sido llamado enviado? Misión oigo, no separación. Pero vemos, dice, en las cosas humanas que es mayor el que envía que el enviado. Pero las cosas humanas engañan al hombre,

las divinas lo limpian. No atiendas a las cosas humanas, donde parecen mayor el que envía y menor el que es enviado; aunque las mismas cosas humanas atestiguan contra ti. Como, v. gr., si alguien quisiera pedir a una mujer, y por sí mismo no puede, enviar en lugar suyo a un amigo mayor que él a pedirla. Y hay muchos casos en que es elegido el mayor, para ser enviado por el menor. ¿Por qué quieres, pues, menospreciarle porque uno envió y el otro fue enviado?

El sol envía su rayo y no lo separa; la luna emite su resplandor, y no lo separa; la lámpara difunde su luz, y no la separa; veo ahí misión, y no veo separación.

Porque si en las cosas humanas buscas ejemplos, oh herética vanidad, aunque, como decía poco ha, las mismas cosas humanas te arguyen y te convencen con algunos ejemplos; atiende, no obstante, cuán distantes están y cuán diferentes son de las cosas divinas las humanas, de dónde quieres tomar ejemplos para aquellas. El hombre que envía permanece él y marcha aquel que es enviado; ¿marcha acaso el hombre con aquel que envía? Pues el Padre que envió al Hijo, no se separó del Hijo. Oye al mismo Señor que dice: “He aquí que llega la hora, y ya es llegada, *en que os dispersaréis cada uno por su lado, y a mí me dejaréis sólo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo*”. ¿Cómo envió a aquel con el cual vino? ¿Cómo envió aquel del cual no se apartó? Y en otro lugar dice: “*El Padre que mora en mí, hace sus obras*”. He aquí que está en El; he aquí que en El obra. No se apartó de su enviado el que le levantó, porque los dos son una misma cosa.

Notas:

1. 1 Cor. 1, 24.
2. Sap. 7, 26.
3. Ib. 8, 1.
4. Malac. 1, 6.
- 5.
6. Act. 4, 9.
7. Mt. 25, 34 ss.
8. Ef. 4, 14.
9. 1 Cor. 12, 27.
10. 1 Petr. 2, 21-23.
11. Act. 1, 11.
12. Lc. 24, 39.
13. Zac. 12, 10.
14. Mt. 25, 34 ss.
15. Fil. 2, 6.
16. Mt. 25, 46.
17. Mt. 5, 8.

TRATADO XXII

Desde aquellas palabras: En verdad, en verdad os digo que el que escucha mi palabra y cree al que me envió, alcanza la vida eterna, hasta aquellas: No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado (5, 24-30).

1. A los sermones que ayer y anteayer os aplicamos sigue la lección evangélica de hoy, que vamos a tratar por su orden, no como ello merece, sino según nuestras débiles fuerzas, porque no solamente vosotros cogéis el agua de la divina enseñanza no conforme a la redundante abundancia del divino manantial, sino que tampoco nosotros la derramamos en vuestros oídos tan largamente como de la exuberante fuente mana y sin cesar corre, sino únicamente el corto caudal que podemos juntar nosotros para hacerlo llegar a vuestros piadosos sentidos; pero muchísimo más larga y abundante es la vena de la divina magnificencia que enriquece vuestros corazones, que la exigua nuestra que resuena en vuestros oídos.

Porque estamos tratando un asunto soberanamente grande, nosotros tan pequeños; no obstante, grande ánimo y confianza nos infunde el que, siendo intensamente grande, se hizo por nosotros pequeño. Digo esto para que nadie nos acuse de demasiada osadía en tratar cosas tan altas, ni desespere tampoco de poder, con el auxilio divino, comprender lo que se ha dignado comunicarnos el Hijo de Dios.

Debemos, pues, creer lo que el se ha dignado predicarnos, pues quizo que lo entendiésemos. Mas si a tanto no alcanzáremos, a ruegos nuestros da el entender el que nos regaló su palabra sin rogárselo.

2. Ved qué secretos se encierran en estas palabras: atención. *En verdad, en verdad os digo que quien escucha mi palabra y cree al que me envió tiene (alcanza) la vida eterna.* A la vida eterna aspiramos todos, cierto; pues bien. El nos dice: *El que escucha mis palabras y cree al que me envió.* ¿Por ventura quiso que oyéramos sus palabras y no quiso que las entendiéramos? Puesto que si en el oír y creer está la vida eterna, mucho más en el entender. Pero son varias gradas que hay que subir y llegar a la vida eterna, donde ya no se nos leerá el

Evangelio: sino que aquel que ahora nos lo dispensa, dejando aparte todas las páginas de la lección, y la voz del lector y del explanador aparecerá a todos los suyos, que asistirán, purgado ya y limpio el corazón en cuerpo inmortal para no morir ya nunca, limpiándose e iluminando los vivientes y videntes del Verbo que era en el principio y estaba con Dios. Consideramos, pues, ahora quiénes somos y a quién escuchamos. Dios es Cristo y con hombres habla; ser entendido quiere, háganos capaces; que le veamos quiere, abra nuestros ojos. No nos habla, sin embargo, sin causa, verdaderísimas son sus promesas.

3. *El que oye mi palabra y cree al que me envió, alcanza la vida eterna y no es condenado, sino que ha pasado de muerte a vida.* ¿Dónde, cuándo pasamos de muerte a vida, de suerte que no incurramos en sentencia condenatoria?— En esta vida se verifica ese dichoso tránsito de muerte a vida; en esta vida, que no es aún vida, aquí se pasa de muerte a vida. ¿Y qué tránsito, qué paso es ése? *El que oye mis palabras*, dijo, *y cree al que envió*. Cumpliendo esto, crees y pasas. ¿Y hay quien pasa estando parado? Sí, por cierto; parado está en el cuerpo, pero pasa en el alma. ¿Dónde estaba, de dónde tenía que pasar y adónde pasa? Pasa de muerte a vida. Figúrate un hombre; parado está, y sin embargo, en él se realiza todo lo que digo. Está parado, oye, tal vez no creía, ahora cree; de la región de la infidelidad ha pasado a la de la fe, con pasos del corazón, no del cuerpo, pasando a cosa mejor, que también pasan, de peor a peor, los que abandonan la fe.

Mas ¿por qué razón dije que esta vida no es la vida? Porque si ésta fuera vida, no hubiera dicho el Señor a uno: *Si quieres, llegar a la vida, guarda los mandamientos* ¹. No le dijo si quieres llegar a la vida eterna, no añadió eterna, sino que sólo dijo a la vida. Luego ésta ni merece el nombre de vida, pues no es vida verdadera. ¿Cuál es la verdadera vida, sino la que es eterna? Oye lo que el Apóstol escribe a Timoteo: *A los ricos de este siglo mándales que no sean altivos ni pongan su confianza en las riquezas caducas, sino en Dios vivo, que nos provee abundantemente para nuestro uso; que se den a la beneficencia, que se hagan ricos en buenas obras, que sean largos en repartir y amigos de comunicar sus bienes.* ¿Para qué? Oye lo que sigue: *Atesorando para sí un excelente fondo para lo por venir, a fin de alcanzar aquella que verdaderamente es vida* ². Si deben atesorar un buen fundamento para lo futuro, con que alcanzar la verdadera vida: luego esta, en que entonces vivían, no es verdadera, sino falsa y

aparente vida. Porque si la verdadera vida ya la tienes, ¿a qué te vas a molestar en alcanzarla? ¿Deseas arribar a la verdadera? Emigra de la falsa. Y ¿por dónde emigrar? ¿Adónde? Oye, escucha, cree, y así pasas de muerte a vida, y no incurres en condena.

4. ¿Qué quiere decir aquello, y así no irá a juicio? ¿Quién hay mejor que el apóstol Pablo y, sin embargo, dice: *Fuerza es presentarnos todos al tribunal de Cristo, para que cada cual reciba el merecido de lo que hizo mientras vivió en el cuerpo, sea bueno, sea malo* ³. Pablo dice: *Todos sin remisión tienen que presentarse al tribunal de Cristo*. ¿Y tú osas prometerte que no irás a juicio? Lejos de mí, dices, el osar prometerme tal cosa; creo, no más, al prometiente. El Salvador habla, la Verdad promete. El mismo me dijo: *El que escucha mis palabras y cree al que me envió, alcanza la vida eterna y no viene a juicio, sino que habrá pasado de muerte a vida*. Así es que yo he oído las palabras de mi Señor, he creído: era infiel y ya soy fiel; según el me dijo, he pasado de muerte a vida, no voy a juicio, no es osadía ni presunción mía, sino promesa suya. ¿Y viene Pablo a hablar contra Cristo, el siervo contra el Señor, el discípulo contra Cristo, el siervo contra el Señor, el discípulo contra el Maestro, el hombre contra Dios, de suerte que diciendo el Señor *el que escucha y cree, pasa de muerte a vida y no viene a juicio*; venga ahora a decir el Apóstol: *Todos tienen que comparecer ante el Tribunal de Cristo*. ¿O es que ha de presentarse al tribunal para luego no ser juzgado? No lo entiendo.

5. Todo tiene su explicación: Dios Nuestro Señor nos ha revelado y enseñado, por medio de las Escrituras, cómo ha de entender la palabra juicio. Atended, os ruego. Unas veces se entiende por juicio, la sentencia condenatoria, que en el juicio se da, su resultado final, la pena o castigo que el juez impone; otras, la comparecencia de los reos, la deposición de los testigos, las preguntas, examen y diligencias del juez, el asesoramiento, la discusión y discernimiento: en una palabra la sustanciación de la causa. En este segundo sentido, todos hemos de comparecer ante el Tribunal de Cristo, para que reciba el hombre lo que en el cuerpo hizo, sea bueno o malo; porque ésta es la discriminación o diferenciación: que a los buenos se reparten bienes, y a los malos males. Porque si el juicio significara siempre el mal o pena, no diría el Salmo: ¡Júzgame, oh Dios! Si por casualidad oyes a uno decir: ¡Júzgame, oh Dios! te causa admiración y extrañeza. Porque suele decirse: Perdóname Señor, no me lo tomes en cuenta; pero, júzgame, Dios, ¿quién osa decirlo? Y a veces en el Salmo se pone en

diálogo un versículo: incora el lector y prosigue el pueblo? ¿No sucede acaso, que aun habiendo uno recibido una injuria, una herida grave, no se atreve a cantar a Dios, diciendo: Júzgame, oh Dios? Y, no obstante, canta el pueblo creyente lo que ha aprendido en la divina lección, y no por eso juzga que desea mal a nadie. Pero el mismo Salmo no nos dejó sin la conveniente explicación. Porque a continuación da a entender de qué juicio hablaba, que no era de condenación, sino de discernimiento, o separación. Porque dice: *Júzgame, Dios. ¿Qué significa Júzgame, oh Dios? Y toma en tus manos mi causa, líbrame de esa gente malvada, de esos inicuos traidores.* Según este juicio, pues, de discriminación y separación, de buenos y malos, todos es preciso que nos presentemos ante el tribunal de Cristo. Mas según el juicio de condenación, *el que escucha mis palabras, dice, y cree al que me envió, no irá a juicio, sino que habrá pasado de muerte a vida.* ¿Qué significa *no ira a juicio*? No irá a condenación. Probemos por las Escrituras, que a veces se pone la palabra juicio significando la pena, aunque en esta misma lección, poco después, oiréis esta misma palabra juicio significando condenación y pena.

Sin embargo, dice el Apóstol en cierto lugar, escribiendo a aquellos que trataban mal el cuerpo que conocéis los fieles ⁴, y por tratarlo mal eran castigados por el azote de Dios. Díceles así: *Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y sin fuerzas y mueren muchos* ⁵. Y luego dice: *Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados por el Señor*; esto es, si nos corriyésemos a nosotros mismos, no seríamos corregidos por el Señor. *Mas, juzgados por el Señor, somos corregidos, para no ser condenados con el mundo.* Hay, pues, quienes son aquí juzgados según la pena, para perdonarles allí; y hay quienes aquí se dejan sin castigo y lo recibirán allí mayor. A otros, en fin, se les reparten o dividen las penas (infligiéndoles parte aquí y más allí), de suerte que, si aquí hubieran rehusado enmendarse con los divinos castigos, despreciando los amorosos azotes del Padre, sientan allí sobre sí la dura y pesada mano del Juez.

Hay, pues, un juicio al cual ha de llamar Dios; es decir, el Hijo de Dios, al fin de los tiempos, al diablo y a sus ángeles, y a todos los incrédulos e impíos con él; a este juicio no irá quien, creyendo ahora, pase de muerte a vida.

6. Mas para que no pensaras que si creías no habías de morir según la carne, y entendiendo carnalmente sus palabras, dijese entre tí: mi Señor a dicho: *Quien oye mis palabras y cree al que me envió,*

pasa de la muerte a la vida; yo ya he creído, no moriré; ten por cierto que ha de pagar la deuda de la muerte que debes al suplicio de Adán, pues recibió él, en quien entonces estábamos todos, la sentencia *cier- tamente morirás* ⁶, y no puede fallar la sentencia de Dios. Mas luego que cumplieres este castigo con la muerte del hombre viejo, serás recibido en la vida del hombre nuevo y pasarás de la muerte a la vida. Ahora, entretando, pasa a la vida (de la gracia). ¿Cuál es tu vida? La fe ⁷. *El justo vive de la fe* ⁸. ¿Y los infieles qué? Muertos están. Entre tales muertos estaba con el cuerpo aquél de quien dijo el Señor: *Deja a los muertos sepultar a sus muertos* ⁹. Luego también en esta vida hay muertos y hay vivos, aunque parece que todos viven. ¿Quiénes son los muertos? Los que no han creído. ¿Y los vivos? Los que han creído. ¿Qué dice el Apóstol a los muertos? *Despierta, tú que duermes* ¹⁰. Pero dirás: Sueño dijo, no muerte. ¿Sí? Pues oye lo que sigue: *Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos*. Y como si le hubiera contestado: ¿Adónde iré? *Y te iluminará Cristo*. Cuando ya creyendo, te hubiera iluminado Cristo, pasas de muerte a vida; permanece allí a donde pasaste, y no irás a juicio.

7. El mismo lo explica así en las palabras que a continuación dijo: *En verdad, en verdad os digo*. Pues a fin de que no entendiéremos sus palabras *pasa de muerte a vida*, de la resurrección futura, queriendo enseñarnos cómo el que cree pasa, y que pasar de muerte a vida no es otra cosa que pasar de la infidelidad a la fe, de la injusticia a la justicia, de la soberbia a la humildad, del odio a la caridad, dice ahora: *En verdad, en verdad os digo que se acerca la hora, y es ahora mismo*. ¿Hay cosa más evidente? Ya nos explicó lo que decía, que ahora se hace aquello a que Cristo nos exhorta. *Viene la hora*. ¿qué hora? *Y es ahora cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán*. Ya hemos hablado de estos muertos. ¿Qué pensáis hermanos? ¿No hay acaso ningunos muertos en esta muchedumbre que me está oyendo? Porque los que creen y obran según la verdadera fe, viven y no están muertos; más los que no creen, o creen como los demonios, temblando y viviendo mal, confesando al Hijo de Dios y careciendo de caridad, entre los muertos han de ser contados. Y, sin embargo, todavía dura esta hora, pues la hora de que habla el Señor no es una de las doce horas del día. Desde que el habló hasta el momento y hasta el fin del mundo dura esa hora, de la cual dice Juan en su carta: *Hijitos, esta es la hora postrera* ¹. Luego ahora es. El que vive, que viva; el que está muerto, que viva; oiga el que yacía muerto